

perar el estado de ánimo". Las estrategias represivas de la dictadura estaban orientadas no sólo al ejercicio de la fuerza sobre los cuerpos, sino a través de ella y paralelamente, a generar un estado de ánimo impotente. La resistencia no consistiría en un ataque frontal sino más bien en estrategias de evasión, que eludieran esa paralización de los cuerpos y despotenciación del estado de ánimo. Así es que la acusación de superficialidad que a menudo se hizo de experiencias como Virus implica para Jacoby un craso error de valoración: la afirmación de la superficialidad, incluso del hedonismo, implicaba un modo particular de resistencia. *Crear es resistir*, pero crear no implica un gesto de negación ni de denuncia sino la afirmación de nuevos afectos, de la felicidad en los intersticios de la libertad aplastada.

La materia más propia de la obra de Jacoby es quizás aquella que implica la construcción del ser-con: la materia frágil de los lazos, aquella de la imposible comunidad. Nancy pensaba la desobra como núcleo de la comunidad que bloquearía su devenir totalitario⁶. No es casual que el despunte del ser en común como materialidad estética en la obra de Jacoby aparezca en los resquicios de la dictadura. Contra la idea de que la represión implicaba una imposibilidad total, vemos afirmarse nuevos modos de sociabilidad ligados a las "estrategias de la alegría". No es como consecuencia del terror, sino bajo la lógica misma del terror que brota esta necesidad íntima de comunidad *de otro modo*. Las comunidades experimentales –de Virus a Bola de Nieve y Proyecto Venus, de Ramona, al experimento llamado La castidad, etc.– constituyen la producción concreta derivada del trabajo con el ser en común como materia estética. Las comunidades jacobyanas implican ineludiblemente un particular uso del deseo, cierta estrategia de liberación del deseo, de disposición huyente del deseo. El deseo de alegría recuperado en la dictadura; la afirmación hedonista del Rojas, en el marco de la resistencia puntualísima de un grupo de artistas atravesados por el SIDA; la postulación del venus, *moneda del deseo*, como moneda de intercambio en el marco del Proyecto Venus. (En el "Informe sobre el Proyecto Venus" se enumeran ciertos principios operativos entre los que encontramos: "huyamos hacia adelante: los problemas no se resuelven, sólo se puede crear otro problema mayor" o "No basarse en el sacrificio sino en el deseo o beneficio"). La afirmación de las *pasiones alegres*, aún cuando mantengan siempre un íntimo vínculo con lo trágico, es quizás lo más propio de su obra. La afirmación del deseo como potencia central de la resistencia.

6. Cfr. J.-L. Nancy, *La comunidad desobrada*, trad. P. Perera, Madrid, Arena, 2001, pp. 61-62.

GÉNERO Y RESISTENCIA: DE LAS SILICONAS AL ACEITE DE AVIÓN

Gender and resistance: from silicone to airplane engine oil

Virginia Cano

Universidad de Buenos Aires – CONICET

virginiamcano@hotmail.com

Resumen: El presente trabajo tiene por objetivo problematizar, desde el pensamiento biopolítico de Nietzsche y Preciado, las estrategias de apropiación subversiva. Éstas, intentaremos mostrar, se juegan, a un tiempo, tanto en el espacio singular de las transformaciones corporales como en el de la siempre tensa vinculación entre el "yo" y el "nosotros".

Palabras claves: Nietzsche / Preciado / biopolítica / agencia colectiva

Abstract: This paper aims to question, through Nietzsche's and Preciado's biopolitical thinking, the strategies for subversive appropriation. We shall argue that these strategies are at stake, simultaneously, in the singular space of body transformations as well as in the tense relation between the "I" and the "We".

KeyWords: Nietzsche / Preciado / biopolitics / collective-agency

Beatriz Preciado recupera, critica y complementa la matriz biopolítica foucaultiana, así como la teoría del género como performatividad butleriana, para pensar la producción de subjetividades sexo-generizadas. En este sentido, señala la necesidad de complejizar el análisis de la producción de sujetos desde el estudio de los “procesos de incorporación prostéticos”. Así, junto a una explicitación y evaluación de las “tecnologías del yo” que mentara Foucault, y de la performatividad tanto teatral como lingüística que explicitara Butler, la española considera imperioso desarrollar un análisis de las “tecnologías del cuerpo”, fundamentalmente la cirugía y la endocrinología.

Es en el marco dado por las bio-técnicas corporales que se juegan tanto los procesos de producción normalizadora de subjetividades, como la posibilidad de agenciar dichas tecnologías por parte de los individuos. Así, es posible pensar en un mismo espacio los efectos disciplinantes de las distintas tecnologías prostéticas, como las instancias de reapropiación y “agenciamiento colectivo” de las mismas. Será el objetivo de la presente ponencia pensar en qué medida dichas apropiaciones subversivas se juegan, a un tiempo, en el espacio singular de las transformaciones corporales como en el de la siempre tensionada vinculación entre la primera persona del singular y la primera persona del plural.

1. Bio-tecnologías del cuerpo: de Foucault a Preciado

Montándose sobre lo que podríamos llamar “el Foucault” de Teresa de Lauretis¹, *i. e.*, un Foucault atravesado no sólo por la matriz de la sexualidad sino también por la grilla de los géneros, Preciado intenta enriquecer la matriz biopolítica de la producción de sujetos (sexo-generizados) desde la perspectiva “*posmoneyista*” de las tecnologías del cuerpo².

Así, sostendrá la española, “[h]oy resulta sorprendente que la definición de las estéticas de vida en términos de “tecnologías del yo” se haga sin tener en cuenta las tecnologías del cuerpo (biotecnologías, sobre todo cirugía y endocrinología) y de la representación (fotografía, cine, tele-

1. Teresa de Lauretis ha señalado que, si bien no hay en la teoría foucaultiana una “instanciación diferencial de los sujetos femeninos y masculinos”, es posible hacer un uso de sus categorías más allá del sexo. Es por tanto posible sostener que el “género” [como el sexo] no es [tampoco] una propiedad de los cuerpos o algo originalmente existente en los seres humanos, sino el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales, en palabras de Foucault, por el despliegue de una tecnología política compleja”, T. de Lauretis, “La tecnología del género”, *Mora*, n° 2, noviembre 1996, p. 8.

2. A juicio de Preciado, luego de la segunda guerra mundial es necesario considerar una “tercera episteme”, que no es ni soberana ni disciplinaria, sino “postmoneyista” que contempla las nuevas tecnologías del cuerpo. Cfr. B. Preciado, *Manifiesto contrasexual*, Madrid, Opera Prima, 2000; *Testoyonki*, Madrid, Espasa, 2008.

visión, cibernética), que se encuentran en plena expansión durante la segunda mitad del siglo XX”³. A propósito de la eficacia productiva de las biotecnologías corporales, dirá Preciado que “el género no es sólo un efecto performativo, [sino que] es sobre todo un proceso de incorporación prostético”⁴. Así, los géneros se presentan no sólo como el resultado de una serie de repeticiones de actos performativos (teatrales o lingüísticos), sino también de la incorporación de los diferentes “biocódigos de los géneros”. Consideremos, por caso, el poder productivo y encarnado que los estrógenos poseen cuando son incorporados en el modo de pastillas anticonceptivas. Este método anticonceptivo “femenino” opera como una de las tantas técnicas de subjetivación generizada de los cuerpos. Y para intentar aclarar este punto, deberíamos recordar junto a Preciado que las primeras pastillas anticonceptivas, que tuvieron un 99,9 % de efectividad, fueron rechazadas por el Instituto de Salud Norteamericano debido a que “ponía(n) en cuestión la femineidad de las futuras madres” al suprimir por completo la menstruación (léase, el sangrado). El control de nuestra fertilidad, al que las pastillitas nos permiten acceder, no podía sin embargo opacar la condición femenina. Asumo que el ritual (“natural”) de la femineidad debe ser mantenido a toda costa, incluso cuando se sabe (artificialmente) producido.

Pero ¿qué ocurre cuando los estrógenos no son ingeridos por una mujer en edad reproductiva y con el fin de controlar la natalidad? ¿Qué ocurre cuando las técnicas de reproducción sexo-generizadas e incorporadas, entran a jugar en nuevos contextos y escriben nuevos cuerpos?

2. Corporalidades resistentes: de Preciado a Cabral

“Nosotras hacemos una transición dentro del sistema sexo género. Al hacerla, nos demostramos a nosotras mismas que ese sistema no significa un condicionamiento inexorable de las personas, y se lo demostramos a cuantos nos miren. En otras palabras, probamos que una misma persona puede aceptar unos condicionamientos sexo genéricos u otros; emerge la condición de persona como independiente, distinta, de esos condicionamientos.

Nosotras no nos hemos encontrado a gusto como personas condicionadas masculinamente.”

Lohana Berkins, “Un itinerario político del travestismo”

3. B. Preciado, “Biopolítica del género” en: Aji de Pollo (eds), *Biopolítica*, Buenos Aires, Aji de Pollo, 2007, p. 20.

4. *Ibid.*, p. 31.

¿Qué ocurre, preguntábamos, cuando las hormonas (“naturalmente”) femeninas son ingeridas por un cuerpo designado biológicamente masculino? ¿Qué ocurre cuando las siliconas no son requeridas por una bio-mujer? ¿Qué ocurre cuando ciertas técnicas privilegiadas de los procesos de normalización sexo-genéricas son la ocasión del desvío, la torsión? Éstas parecen ser las preguntas que Preciado tuvo en mente cuando, a partir del análisis del “caso Agnès”, sostuviese que “el régimen *postmoneyista* de la sexualidad no puede funcionar sin la circulación de un enorme flujo de hormonas, silicona, textos y representaciones, de técnicas quirúrgicas... en definitiva de un tráfico constante de biocódigos de los géneros. En esa economía política del sexo, la normalización y la diferencia dependen del control, de la re-apropiación y el uso de esos flujos de género”⁵.

Eso mismo es lo que señala Lohana Berkins cuando afirma, en primera persona, lo siguiente: “Soy una travesti y este travestismo, transgeneridad, transexualidad, cada uno o cada una lo construye como puede o como se le da la gana o con las herramientas que tenga”⁶. Y dicha (de)construcción se apoya en esas mismas herramientas o condicionamientos que parecían ser inexorables, y que ahora se muestran fallidos, vulnerables, o, diría Preciado, “re-apropiados” en el modo de la diferencia, de una transformación corporal que no reproduce los códigos hegemónicos de los géneros, sino que los sub-vierte, los transfigura, incluso para devenir “lo que se le da la gana”.

En definitiva, lo que señala Preciado es el carácter productivo de las tecnologías del cuerpo. Tecnologías éstas que, en tanto campos de fuerzas múltiples, se presentan también –in-hospitalaria e inextricablemente unidas– como ocasión de resistencia y resignificación. Así, por ejemplo, las técnicas del cuchillo son tanto la ocasión para desplegar el poder normalizador de los biocódigos de género, como la oportunidad (esquiva e indócil) de emergencia de cuerpos resistentes, “auto-diseñados”, contra-naturales.

Para cerrar este breve recorrido, en el que he intentado señalar lo que Mauro Cabral resume con aguda precisión como la “ambivalencia constitutiva del régimen tecnobiopolítico”⁷, quisiera introducir –junto

5. *Ibid.*, p. 24.

6. L. Berkins, “Un itinerario político del travestismo” en: D. Maffia (comp), *Sexualidades migrantes. Género y transgénero*, Buenos Aires, Feminaria, 2003.

7. Cfr. M. Cabral, “Salvar las distancias. Apuntes acerca de ‘Biopolíticas del Género’” en: Aji de Pollo (eds), *Biopolítica*, ed. cit.

a él– una serie de preguntas: ¿Qué es lo que hace posible la reappropriación bioterrorista? ¿Y cuál es su costo? ¿o su silencio?

Preciado parece tener una respuesta clara: es el “agenciamiento colectivo” lo que vuelve la ocasión de resistencia en fáctica subversión prostético-performativa. La re-apropiación por parte de los cuerpos rebeldes depende, en parte, de su capacidad para devenir experiencia colectiva. Es decir que depende de ese extraño acontecimiento en el que una “primera persona” que trafica y adultera los biocódigos de femineidad (los estrógenos) deviene “primera persona” del plural. Del “yo” al “nosotros”, en esa transición parece jugarse la ocasión de la resistencia.

Ahora sólo quisiera traer a colación las palabras (distancias y cuestionamientos) de Mauro Cabral: “No puedo evitar preguntarme, leyéndolo, por la relación entre esos movimientos subversivos europeos y norteamericanos cifrados en la ingesta de hormonas compradas en una farmacia, vendidas en una cajita que viene con su debido prospecto, y las aplicaciones de silicona industrial que hacen cuerpo(s) en la ciudad, el país y el continente donde vivo (...)”⁸.

Y en este punto, yo quisiera sumar otros interrogantes: ¿Cómo hacer justicia a esa distancia, a la distancia que honra la diferencia, la que nos acomuna, pero también la que nos ubica en la franja de aquellos cuya expectativa de vida es superior a 35 años? ¿Cómo no respetar la distancia que separa a la primera persona del singular de la del plural? Y, aún así ¿cómo no desear, pensar, narrar, o soñar con un “nosotros” que anide en la tensión desgarradora de la diferencia?

8. *Ibid.*, p. 136.